

# LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 40.—TOMO I.—SÁBADO 1º DE DICIEMBRE DE 1849.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y Estranjero: Año 80.

## HISTORIA DE LA SEMANA.



El interés de la semana se halla cifrado en las sesiones del congreso, que el lunes y martes han ganado en animación, lo que antes habían tenido de monotonía y aridez.

El señor Diaz Martinez, rico propietario de Sevilla, dirigió una injuria ú ofensa al señor presidente del Consejo de Ministros: este dió conocimiento del caso al gabinete, que á su vez creyó conveniente ponerlo en el de la justicia, para que obrase conforme á la ley. De sus resultados el Sr. Diaz Martinez

ué preso, y sujeto á la formacion de causa. Antes de abrirse la sesion se habia dicho que el gobierno seria interpelado acerca de esta prision, de la cual se han ocupado todos los periódicos, y esta voz bastó para que los bancos de los señores diputados estuviesen mas poblados que de costumbre, y para que los aficionados á sesiones animadas se apresurasen á coger asiento en las tribunas.

Abrió el debate el señor Moyano, anunciando que deseaba interpelar al gobierno sobre el hecho referido, y habiendo manifestado el señor duque de Valencia que el gobierno no tenia reparo en contestar en el acto, esplanó aquel su interpelacion, haciéndose cargo de las tres ó mas versiones que han corrido sobre la prision del señor Diaz Martinez.

A los deseos del señor Moyano satisfizo el señor duque de Valencia relatando todos los incidentes de este desagradable asunto; manifestó que unas veces sus muchas ocupaciones y otras un olvido involuntario, le habian impedido recibir, como deseaba, al señor Diaz Martinez; leyó las cartas que este le habia dirigido, é indicó por último su deseo de que este debate no influyese en lo mas mínimo en contra de la persona sujeta á la accion de la ley.

So pretexto de defender á un amigo ausente, obtuvo la palabra el señor general Armero (don Joaquin) y presentó del hecho una version que pretendia era distinta de la que el señor presidente del Consejo habia dado con referencia á sus criados; habló mucho de rumores públicos; examinó si el Consejo de ministros habia hecho bien ó mal en mandar formar causa al señor Diaz Martinez; discutió las disposiciones del código penal; hizo un minucioso relato de la causa que se estaba instruyendo, y apuntó otras especies que suscitaron reclamaciones y obligaron al señor presidente á llamar repetidas veces al orden.

Replicó el señor duque de Valencia, sosteniendo la exactitud de su relato. En seguida tomó la palabra el señor ministro de Gracia y Justicia, para tratar de la cuestion legal. El señor Arrazola se lamentó del giro que se habia dado al debate, y como gefe de la magistratura, protestó énérgicamente contra el mal ejemplo que acababa de darse, sacando á plaza todos los trámites y pormenores de una causa que aun estaba en sumarlo.

El señor Mora (don José Joaquin) tomó tambien la palabra, y espuso la práctica que los ministros ingleses observan para recibir á las personas que desean verles.

Mediaron varias réplicas, y cuando parecia que la discusion estaba agotada, revivió con mas brio que nunca, con motivo de una proposicion presentada por los señores Calderon Collantes, Zaragoza, Calonge, Belda y otros diputados de la mayoría, encaminada á que el Congreso aprobase la conducta seguida por el gobierno en el asunto del señor Diaz Martinez. El señor Olozaga por una parte, y el señor Nocedal por otra, habian presentado proposiciones incidentales, si bien diferentes en la forma, conformes en el fondo: ambas tenian por objeto que el Congreso declarase no haber lugar á deliberar.

Suscitóse un empeñado y confuso debate entre los autores de las diferentes proposiciones; el señor Olozaga y el señor Nocedal sostenian que las suyas debian tener la prioridad, y el señor Calonge abogaba en favor de la que él habia sus-

crito, manifestando que mal podia el Congreso declarar que no habia lugar á deliberar cuando todavia no se habia entrado á discutir la proposicion. Todos los oradores citaban artículos del reglamento, sobre cuya aplicacion unos pedian que se consultase al Congreso, mientras que la mesa sostenia que era inútil puesto que no podia haber duda en el caso presen-



El baron Von Humboldt. (Véase el número anterior.)

te. Durante este debate el señor ministro de la Gobernacion rebatió ciertas alusiones con que el señor Olozaga habia querido significar que á la discusion se le daba demasiado ensanche por tratarse de una persona afiliada en el partido moderado, mientras que habian pasado desapercibidas muchas víctimas pertenecientes á otra comunión política. Tambien tomó parte en el debate el señor Bravo Murillo, y de resultados de la esposicion clara y metódica que hizo del estado de la cuestion se concedió la palabra al señor Calderon Collantes para apoyar su proposicion.

Al dia siguiente volvió á suscitarse la cuestion de si el gobierno tuvo ó no facultades para invitar al ministerio fiscal á que procediese en justicia contra el señor Diaz Martinez.

El señor Calderon Collantes sostuvo su proposicion. Mezclose en el debate el señor Armero, y unas cuantas palabras que pronunció dieron motivo á un ligero pero vivo tiroteo, en que tomaron parte los señores Polo, Calderon Collantes y Fernandez de la Hoz con su correspondiente eco de interrupciones y la campanilla de la presidencia.

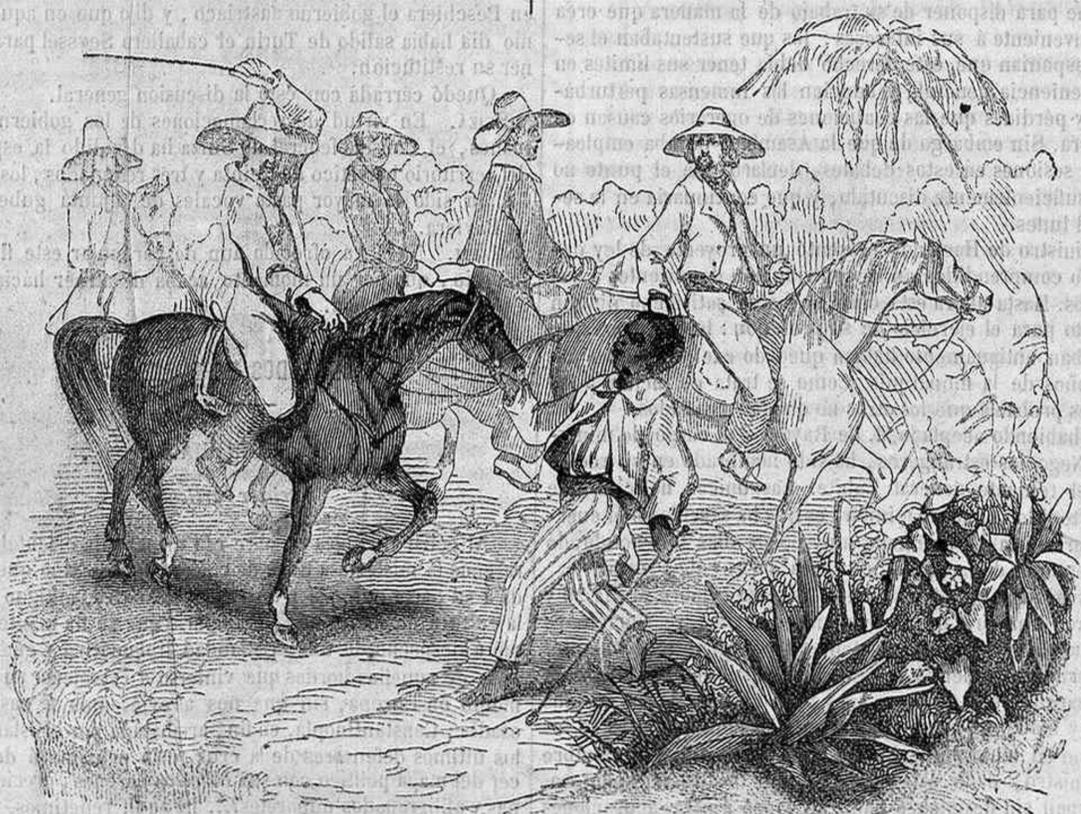
Al llegar á este punto se dió cuenta de una proposicion incidental en que los señores Campoy, Nocedal y otros pedian que se declarase no haber lugar á deliberar sobre la que se estaba discutiendo. El Congreso no la tomó en consideracion. La del señor Collantes tuvo mejor suerte, pues fué aceptada en votacion nominal por 152 votos contra 48.

El primero que usó de la palabra en contra de la proposicion que el Congreso acababa de admitir fué el señor Campoy. Su discurso estuvo reducido á sustentar que no debió traerse la cuestion al Parlamento y que el código penal no autorizaba los procedimientos contra el señor Diaz Martinez en la forma en que se habian incoado. La respuesta del señor ministro de Gracia y Justicia se redujo á hacer notar las contradicciones en que habian incurrido los diferentes oradores de la oposicion que habian tomado parte en los debates.

Entró en seguida el señor Polo en la cuestion y pronunció un discurso de oposicion política, abrazando la marcha general del gabinete, y condenándola aun en sus pormenores é incidencias.

El señor ministro de Estado se encargó de responder al señor Polo.

Pero este insistió en que los diputados de la mayoría, daban sus votos como producto de una conviccion nacida de la marcha general del gobierno y no de los casos particulares



Ha tía os.

que se presentaban á discusion. El señor ministro de Estado, retorciendo el argumento, calificó los votos de la minoría, y lo hizo con tal vehemencia que se levantó grande alarma en los campos de la oposicion. Hubo reclamaciones estrepitosas y voces descompasadas.

El resultado de la cuestion, fué quedar definitivamente aprobada en votacion nominal la proposicion del señor Calderon Collantes

Háse dicho que de estas discusiones han resultado algunos desafios entre diputados, siguiendo el lamentable ejemplo que estan dando otras Asambleas, que hasta ahora no han podido igualar en circunspeccion al parlamento español.

La concurrencia en los bancos de los señores diputados y en las tribunas fué numerosísima.

Al comenzar la sesion leyó el señor ministro de Comercio, Instruccion y Obras públicas un importantísimo proyecto de ley sobre carreteras.

El Senado se ha reunido para enterarse de algunos dictámenes de la comision de exámen de calidades, y discutir otros que estaban pendientes.

El señor ministro de Hacienda dió lectura en una de las sesiones de un proyecto de ley sobre jurisdiccion de Hacienda y delitos, penas y procedimientos en materia de contrabando y defraudacion.

El gobierno ha tenido la buena idea de mandar establecer un correo semanal, por medio de vapores, entre Cádiz y Canariss; dos id. entre Barcelona y Mallorca, y uno entre Mahon, Palma é Ibiza.

FRANCIA. Desde que el presidente de la República dirigió á la Asamblea el manifiesto en que anunciaba el último cambio ministerial, la mayoría concibió cierto rencor que en vano se ha esforzado por encubrir. En la primera ocasion que se ha presentado ha dado rienda suelta á su enojo. En la sesion del 16 algunos amigos de Luis Napoleón presentaron una proposicion para que al vice-presidente de la República se le señalase una cantidad con la cual atendiese á los gastos de casa. Con esta proposicion coincidieron los rumores de que este era un paso preliminar al que no tardaria en seguir otro para que al presidente se le aumentase su asignacion. La mayoría, unida esta vez á la montaña, negó la cantidad que se pedia. Otro desaire sufrió en la misma sesion el gobierno; se habia presentado una proposicion para que el Estado comprase la yeguada de Versailles, donde el rey Luis Felipe ha reunido los mejores caballos del mundo. El ministerio se opuso fuertemente, alegando la situacion del Tesoro, y comprometiéndose á comprar aquellos caballos y yeguas que fuesen mejores. La Asamblea, casi por unanimidad, fué de distinto parecer, é impuso al gobierno la obligacion de adquirir toda la yeguada. Estos hechos avivarán naturalmente la rivalidad y desconfianza que existian ya entre el poder legislativo y el poder ejecutivo: los amigos que el presidente de la República cuenta en la Asamblea, y que componen una fraccion de 40 representantes, han celebrado varias reuniones, separándose abiertamente de la mayoría, de modo que la lucha no puede menos de estallar en breve. En vano el presidente de la República protesta de su respeto á la Constitucion; las circunstancias serán superiores á su voluntad, y aunque sea con repugnancia se verá arrastrado por sus amigos, y obligado á tomar un partido violento. Esto es lo que generalmente se cree y se espera. En París la opinion le es contraria evidentemente: con los socialistas no cuenta; la mayoría es demasiado celosa de sus prerogativas y preponderancia para que las sacrifique sin mas objeto que dar fuerza á Luis Napoleón.

La Asamblea francesa se ocupó en su sesion del 17 de una proposicion, cuyo objeto era modificar las penas que el código penal impone á las operarios que se coaligan con objeto de conseguir aumento de jornales, ó de paralizar los trabajos. La cuestion es sumamente complicada, porque el principio de libertad individual se roza con el que tiene la sociedad para impedir actos que puedan turbar la tranquilidad pública. Los partidarios del primero difundieron el derecho que cada uno tiene para disponer de su trabajo de la manera que crea mas conveniente á sus intereses: los que sustentaban el segundo esponian que este derecho debia tener sus límites en la conveniencia general, y aducian las inmensas perturbaciones y pérdidas que las coaliciones de operarios causan en Inglaterra. Sin embargo de que la Asamblea llevaba empleadas dos sesiones en estos debates, declaró que el punto no estaba suficientemente discutido, y que continuaria en la sesion del lunes.

El ministro de Hacienda presentó un proyecto de ley declarando comprendidos en la contribucion de patentes á los abogados. Hasta ahora esta clase no habia satisfecho ningun impuesto para el ejercicio de su profesion: los médicos que le pagaban antiguamente habian quedado exentos en los últimos años de la monarquía. Como se trata de incluir á los unos, es probable que los otros no queden olvidados.

No habiendo aceptado M. de Rayneval el cargo de ministro de Negocios extranjeros, ha sido nombrado en su reemplazo el teniente general Labite. Las únicas noticias que hemos tenido del nuevo ministro es que ha servido en el cuerpo de artillería, y que hace muy pocos dias fué nombrado representante de la República cerca del rey de Prusia.

Las sesiones que la Asamblea francesa celebró el día 20 y 21 fueron una serie no interrumpida de gritos, recriminaciones y amenazas que los representantes se dirigian mutuamente. En la primera habiendo hablado M. Raspail de un ministro de la monarquía que en pocos años supo ahorrar de sus sueldos millon y medio de francos, los diputados conservadores se levantaron en masa pidiendo que M. Raspail dijese el nombre del ministro, dado este motivo á un desorden espantoso. M. Raspail sin designar á nadie se lanzó á otras acusaciones embozadas como despoco explícitas, y concluyó la sesion en medio del mas espantoso tumulto.

En la del siguiente dia interpelló M. Cremieux al gobierno sobre la distribucion que se habia hecho de las recompensas concedidas á los que resultaron heridos en el combate de febrero. El ministro de la Justicia dió esplicaciones satisfactorias; pero habiendo preguntado en seguida M. d'Aguessau si se habian distribuido recompensas á los valientes guardias municipales, únicos que en su concepto las merecian por haber defendido las instituciones y las leyes, la montaña se levantó furiosa y protestó contra semejante calificacion. Siguió una escena de tumulto y desorden, de gritería y gesticulaciones ante la cual tuvo que sucumbir el presidente M. Dupin. Cansado y aburrido, y viendo que sus escitaciones nada alcanzaban tomó el partido de ceder la silla presidencial á M. Baroche. Por fin, despues de largo tiempo se sosegó la tempestad, y el incidente quedó terminado por medio de una orden del dia que satisfizo á todo el mundo.

El presidente de la República ha destituido á M. Pedro Bonaparte del empleo de comandante de uno de los batallones que se hallan actualmente en Africa, por haber abandonado su cuerpo sin licencia.

ALEMANIA. Los periódicos alemanes no traen mas noticia sino que el mariscal Haynau ha descubierto un plan que tenia por objeto escitar al ejército de Hungría á la desobediencia, á cuyo efecto se habian dado algunos pasos. El general en jefe ha dictado medidas severas, amenazando con la última pena á los que traten de sobornar las tropas.

Escriben de Pesh que habia sido preso el ex-ministro de justicia Sabas Verkowich y uno de sus gefes de seccion, Samuel Bonei. Dicen que se ha encontrado entre los efectos pertenecientes al último una carta en la que se le concedian 1,000 florines para trasportar la corona de san Esteban.

Anuncian algunos periódicos de Alemania que el gran duque de Baden pensaba abdicar en favor de su hijo segundo, no haciéndolo en su primogénito á causa del mal estado de su salud.

Parece que el consejo de administracion residente en Berlin ha fijado el día 31 de enero próximo para las elecciones de la Dieta del Estado Federal, la cual deberia celebrar sus reuniones en Erfurth.

CHINA. Las noticias de la China alcanzan al 29 de setiembre. Continuaban las desavenencias entre el virey de Canton y las autoridades portuguesas de Macao, á consecuencia del asesinato del gobernador portugués de esta ciudad. Sin embargo se esperaba que el prudente influjo de Ky-In, antiguo gobernador de la provincia de Canton haria desaparecer la política hostil y provocadora de su sucesor y conseguiria mantener la paz.

TURQUIA. Escriben de Constantinopla con fecha del 2, que la escuadra anglo-francesa habia anclado en Betsicabey, á la entrada de los Dardanelos. La escuadra inglesa se compone de siete buques de guerra, una fragata y cinco buques de vapor: la francesa de seis buques de guerra, una fragata y una corbeta.

Cartas de Widdin del 4, anuncian la traslacion de los refugiados húngaros, italianos y polacos á Chumla. El 30 salieron cuatrocientos polacos, á cuyo frente iba Murat-bajá (Bem); al día siguiente salieron ciento dos italianos, marchando al frente de ellos el conde Monti, y el 1.º lo verificaron ciento sesenta y cinco renegados, con escepcion de Bem, bajo la direccion de los generales Stein y Kinety, llamados ahora Trachd-bajá y Kiámil-bajá. El 3 marcharon trescientos veinte maggyares, á cuyo frente iba Kossuth á caballo con una larga pluma blanca en su sombrero, y le acompañaban el conde Casimiro Battiany, los dos Perzels y otras personas notables.

Seguian en carruages y á pié cuarenta mugeres, entre ellas la condesa Battiany que llevaba un carruaje español.

ITALIA. La Cámara de los diputados de Cerdeña continuó el 15 la discusion sobre el tratado de paz con Austria. El ministro de Negocios Estrangeros dió incidentalmente varias esplicaciones concernientes á una porcion de artillería de grueso calibre de propiedad del Piemonte que retenia aun en Peschiera el gobierno austriaco, y dijo que en aquel mismo dia habia salido de Turin el caballero Seyssel para obtener su restitucion.

Quedó cerrada con esto la discusion general.

SUIZA. En virtud de reclamaciones de los gobiernos alemanes, el Consejo federal de Suiza ha decidido la espulsion del territorio helvético de treinta y tres refugiados, los cuales habian sido la mayor parte vocales de la junta gubernativa de Baviera.

HARI. Nada La ofrecido aun de particular este flamante imperio, que por un momento acaba de atraer hácia sí las miradas de Europa.

## ESTADOS DE EUROPA.

### TURQUIA.

(Primer artículo.)

Al echar una ojeada sobre esa monarquía oriental, ocurrenos la misteriosa duda de cuál será el destino que aguarda á su parte europea y á su region asiática, antiguo foco de la cultura de occidente. ¿El imperio que se ha mantenido en pié á despecho de una cristiandad diplomática y guerrera, el asilo de aquellas hordas que vinieron á establecer su campamento en Europa, sin que nos atreviésemos á castigar su osadia; Constantinopla, en fin, arrabataada por el islamismo á los últimos defensores de la cruz, está próxima á desaparecer del mapa político con sus olorosos harenes, crecientes lunas y afligridos minaretes?... Hé aqui, repetimos, la reflexion que hiere naturalmente la fantasía, al bosquejar el cuadro que presenta este pais.

Si no estuviéramos agitados de intereses domésticos, mas importantes sin duda que las cuestiones lejanas, pareciéranos el estado actual de Asia muy digno de atencion madura y meditacion filosófica. Humillase el imperio otomano en una ribera del Bósforo ante las victoriosas legiones de un rebelde, y solo subsiste en la opuesta por un patrocinio que graduára de ultraje en otras épocas. Si tal pluguiese á dos monarquías de Europa, el trono del sultan dejaria de existir. Imágen es ya la sublime Puerta del abatimiento que deslustró la pompa del reino bizantino, al paso que la soberbia Stambul de los Osmanlis; ni mas ni menos que la Constantinopla de los griegos, acometida de todas partes, estrechada por enemigos de superior inteligencia, no tiene ya mas prestigio que la grandeza de su nombre y la memoria de su universal pujanza. El imperio de Soliman el Magnífico y Mahometo el Conquistador, vil juguete ahora de la diplomacia cristiana, elevase á manera de oropelada ruina, á la que se concede una frágil existencia para reducirla á polvo á la primera amenaza. En vano estiende el emperador por inmenso territorio una autoridad nominal, puesto que de año en año se encierra en límites mas breves el ascendiente efectivo de su poder, y hubiéranle ya reducido los gabinetes cristianos á la region asiática, como juzgaran menos dificultoso levantar sobre sus escombros útil monarquía europea. Un capricho de la suerte le da por defensores á los mismos que, temerosos de la lucha que acarreará el reparto ó distribucion de sus despojos, recelan su postrer suspiro; y por único elemento político la suspicacia de los soberanos á quienes aborrece como infieles y desprecia por humildes. Un protocolo abreva ó dilata su agonía, un paso indiscreto determina su destruccion, y es muy contingente que asimismo la ocasiona la guerra continental.

El imperio mahometano va desfilando, pues, ante nosotros como una de esas brillantes fantasmagorias de la historia antigua, formadas por la dominacion de los persas, el genio de los asirios, ó la prepotencia de los babilonios. Allá van los ulémas con sus túnicas tálares y sus mitras piramidales, los bajaes llevando delante de sí por insignia de su autoridad una cola de caballo pendiente de una lanza, los genizaros con sus marmitas y cimitarra corva, los árabes de mudables casas, los caravaneros cantando aires molancólicos para alentar á los dromedarios, las beldades circasianas de un harém sobre mansos elefantes de trémulos pabellones cubiertos, y en medio de estos varios pueblos, conservando cada uno el vislumbre de una fisonomía original é histórica, la suntuosa comitiva que se dirige quizá por la última vez á la Meca, cogiendo el espacio que corre desde los muros de Damasco hasta la phonte de Jacob.

¿Puede haber Estado semejante en fuerza al que ademas de contar con estas diversas tribus asiáticas, posee aquella parte de Europa que sirve de eslabon ó istmo á tan estendidas regiones? Abundaba efectivamente un dia en productos de importancia, en elementos de fuerza varonil, en recuerdos de importante grandeza y opulencia militar.

A escepcion del imperio romano no ha habido otro que pudiese vanagloriarse de tanta riqueza y poderío. Faltáronle ilustracion é ingenio, uniformidad y justicia, honroso predominio y templado vigor, un telégrafo, por último, sabiamente dirigido en Santa Sofía, dando universal impulso á los dilatados miembros de tan desmesurado coloso. Las disensiones europeas y el afán de nivelar nuestra política nos hizo olvidar la ignorancia de los turcos, y hasta suponerles un poder análogo á su estension material; pero la expedicion de Bonaparte, semejante á la de Gofredo, despertó nuestra curiosidad y sugiriónos el temor de que verificasen los rusos el plan de Catalina II, si la diplomacia europea no previniese con tiempo este peligroso desnivel.

Parécenos que encaja en este lugar la observacion que nos ha ocurrido algunas veces de que el turco solo es formidable como turco, esto es, como hijo flemática y vagamundo del Asia, y ardiente y caprichoso vástago de los tártaros del desierto. Como se quiera transformarle en europeo y borrarle su fisonomía histórica, debilitase su pujanza, y amáinase su brillante brio, sin que en cambio adquiera la inteligencia, la astucia ó la flexibilidad de un cristiano. No negaremos que Mahamud se ha hecho célebre por su audacia; pero las reformas que ha introducido en la táctica, la extincion de los genizaros, y el afán de que las hordas se conviertan en milicias, son pruebas mas bien de una decadencia inevitable que de una regeneracion á la vez física é intelectual. ¡Vanos alardes!... Quitad al otomano su turbante, desceñidle la cimitarra, arrancadle los collares de perlas y las holgadas túnicas que ondean á merced de los céfiros, y os hallareis con un ser estúpido é inútil. Si llevais tan adelante la porfia que los querais ordenar en escuadrones prusianos ó franceses, sus movimientos, libres antes, templados y llenos de vigor, serán tardos, inciertos y casi ridiculos. ¿Qué le daremos en fin que reemplace en su ánimo el agudo instinto que le distingue en el desierto, ó la solemne dignidad que le ensalza en el harém?

Añadamos á lo dicho que el espíritu del fatalismo, esta especie de ópio moral, enérgico incentivo en otro tiempo que le estimulaba á la lid y á la conquista, conviértele actualmente en un ser torpe para la comprension, é indiferente respecto de cuanto le rodea. La idea de que el curso de su existencia estaba ya inscrito en el gran libro de los destinos humanos, impelióle á ojos cerrados durante su prosperidad á lo mas revuelto de la refriega; pero ahora sírvete solo semejante conviccion para menospreciar la vida y consentir en su afrenta. ¡Mashalla!... (1) ese antiguo grito de combate y de triunfo, no es ya mas que vergonzoso indicio de resignacion y derrota. Mientras un torrente de opiniones violentísimas arrastra á los pueblos de Europa hácia diversos choques,

(1) ¡Hágase la voluntad de Dios! clamor algo parecido al grito guerrero de los cruzados. ¡Dios lo quiera!

planes y acometidas; mientras este inconcebible volcan le inspira no sé qué inquietud belicosa y febril, descansando todavía el turco en la protección de su profeta, pasa la vida recostado sobre alfombras, fumando en pipas de nácar, y respirando muelles aromas, sordo al espantoso rumor de unos tumultos, cuyas oleadas se aproximan sin cesar á sus voluptuosos alcázares.

El poder militar representado por los genzaros y el sacerdotal por los ulemas, formaban una doble milicia dominadora del trono de los Osmanlis. Acaso las revueltas genzaras fueron poco peligrosas si no hubiesen tenido mas apoyo que las lanzas de sus legiones; pero hallaban en los intérpretes de aquella ley fanática el socorro de una culebra que envolvía en numerosos giros todos los ángulos del imperio, al paso que lo fascinaba y embrutecía con sus miradas. A pesar de esto constituían dichas corporaciones los mas robustos elementos de la fuerza mahometana, por lo que las convierte la reforma en insignificante recurso ó en azote del imperio.

No olvidemos que el establecimiento de una clase sacerdotal es opuesto á los preceptos de Mahoma, cuyo Koran prescribe al jefe de cada familia el importante empleo de interpretar el código sagrado. Así que las armas otomanas espermentaron el primer contratiempo en las aguas de Lepanto, levantaron los ulemas la cabeza, pretendiendo que de ellos dependían los destinos del imperio; y á medida que se oscurecía el resplandor de la creciente luna, indicando al pueblo como altos juicios del profeta, las desgracias que únicamente emanaban de falta de disciplina, hacíanle creer que eran los únicos delegados de Mahoma, á quienes estaba reservada la delicada interpretación de sus dogmas y el encargo de dirigir á los verdaderos creyentes. Tampoco se ha de omitir en esta usurpación que aquellos reyes-soldados de la raza tártara, que durante largos años despreciaron el patriarcado sacerdotal, adormecidos luego en las delicias del harem, dejaban á los visires las riendas del estado y el mando de los ejércitos. Cesaba la victoria de mostrarse fiel á las banderas de Othman, y estas facciones intestinas, oprimidas antes y obligadas á sofocar su ambición, erguían ahora la cabeza á su placer con siniestros alardes de insolencia y rebeldía. Desaparecieron la disciplina genzara y la sumisión ulémica, uno y otro gremio aspiró al anárquico derecho de desposeer al monarca; y bien convencidos ambos de que les era indispensable estrechar su alianza, sancionaban los mufties por medio de multiplicados *fatwas* los desacatos de los hombres de armas, mientras apoyaba el terrible alfanje genzaro la rápida usurpación de los ulemas. He aquí el gusano interior que lentamente corroía la base fundamental del imperio. Desde el reinado de Selim II comenzaron á notar las fatales consecuencias de la lucha que sostenía el déspota contra ese monstruo de dos cabezas: un ejército insolente y una ambiciosa teocracia. Othman I, Amurates IV, Selim III perecieron en la lid: y fué ya poco temible á Europa el mismo pueblo que le causara, como Alarico á Roma, repetidas impresiones de terror.

Porque tembló en efecto el cristianismo el día en que echó el musulmán dentro de los límites europeos los cimientos de su imperio. Por uno de aquellos azares que deslumbran á imaginaciones débiles y supersticiosas, notáronse espantosos fenómenos anunciando, al parecer, dilatada época de calamidades. Llamas volcánicas coronaron la cima de las montañas en que se admirara hasta entonces una vegetación pacífica; súbitos terremotos arrojaron á los moradores de diversas villas; y ciudades enteras de Tracia fueron víctimas de estas ominosas plagas. Asombrado el discípulo del Evangelio á vista de tales miserias, atribuíalas á siniestros augurios, al paso que el turco se figuraba leer en ellas el soberano mandato de Allah para que se apoderase de los templos católicos y les convirtiese en mezquitas.

Tal fué la cadena de catástrofes que abrió paso en Europa á los sectarios del profeta. Brilló la creciente luna en las almenas de *Galipolis*, la llave maestra del *Helesponto*, y las posesiones europeas y asiáticas de los Osmanlis se hallaron unidas por un lazo que no se pudo romper. Vióse cercado el imperio bizantino de un enemigo codicioso, vigilante, guerrero; reinando á la vez en *Andrinópolis* y en *Bagdad*, mucho mas acérrimo que los infieles de Egipto, no menos fanático que los marciales régulos de Jerusalén y Nicea. Mahometo I triunfó á fuerza de perseverancia y astucia de cuatro caudillos furibundos á la vez; y cumpliendo Mahometo II la célebre visión de Othman, reproducida en nuestros tiempos por Catalina de Rusia, apoderóse de Constantinopla, heredera pedantesca, pero todavía ilustre, del ingenio griego y de la romana pompa.

Desde este importante suceso hasta que empuñó el cetro Soliman el Magnífico (ó Soliman el Legislador como le llaman los orientales) tomaron los turcos un vuelo tan rápido, que invadiendo la Palestina y el Egipto, no quisieron contentarse con reconocer al Eufrates por límite de su territorio. Una vez sometido el Oriente, volvieron contra el Occidente sus armas, pero este soberbio Soliman, á quien se pudiera considerar como al Luis XIV ó al Felipe II de Turquía, tropezó por suerte con príncipes dignos de su talento é intrepidez. Reinaba en España Carlos V, Francisco I en Francia, en Londres Enrique VIII, Andrés Gritti en Venecia, Sigismundo en Polonia, Wassili Iwanovitch (conquistador de *Astracan*) fundaba la prepotencia rusa, Ismael la dinastía pérsica de los Sofies, y el brillante Akbar, el primero de los Mogoles, deslumbraba con su grandeza á los viajeros que empezaban á penetrar por los olorosos climas de la India Oriental. ¡Qué ramillete tan selecto de monarcas! ¡Qué testas tan dignas de sostener el peso de una diadema, y añadir brillantes páginas á los anales de la gloria! Y cuando se considera que todos estos rivales de Soliman son como ofuscados por el esplendor de sus tropas, que el mismo poder de Carlos V, en cuyos reinos nunca se ocultaba el sol, no puede compararse al desmesurado coloso del imperio turco, robustecido

á la vez por la humillación de Persia, las conquistas de Rodas y Belgrado, la grande batalla de Mohacz, la invasión de África y las victorias navales de Barbarroja; nada tiene de extraño el miedo temblante y lívido que causaba á los europeos, y que solo por milagro escapase la gótica Viena de su yugo.

Mientras encerrándose el caviloso emperador y rey en las tápias de un monasterio, entregaba á Felipe II una parte de sus estados ya trabajada de la discordia civil, dejaba el héroe turco á sus herederos un reino triunfante, unido en la opinión por la fuerza de un fanatismo religioso, y en la parte civil por el terrible *fiat* del sultan. Léanse las cartas de Busbeck, y se verá á este mismo Soliman cultivando las artes de la paz, como las maniobras legionarias de la guerra, construyendo alcázares, mejorando el código de sus leyes, protegiendo á historiadores y á poetas, mostrándose en fin á su manera émulo de Francisco I y de Leon X. Ya hemos dicho que le llaman los turcos *el legislador*, título que supo apreciar y merecer. Tres objetos despertaron su atención: construir la gran mezquita, terminar los acueductos de Constantinopla, y unir á Viena al carro de sus triunfos. Burlóle el destino en esta última esperanza, y hé aquí por qué repetía tan á menudo la exclamación que comenta el historiador que acabamos de citar... *Viena! (1); mi esperanza y mi deshonra, objeto de mi ambición y mi única desgracia!* Pero, ¿era culpa de este varon grande que las belicosas tribus que sacó de las cavernas del Cáucaso fuesen novicias en las artes de la cultura? ¿que ni aun en Asia se conociese el dialecto de que se servían sus poetas, ó que se opusiera á los progresos de la música y la pintura el fanatismo musulmán? Superficiales y frívolos se muestran los que le juzgan por comparación... Soliman obró sin disputa en beneficio de su patria cuanto hubiera podido obrar el mas sagaz y espléndido de los monarcas de Europa.

### Jugar con la vida.

Hé aquí una anécdota que me refirió un día,—comiendo en casa de mi amigo C...—ese denodado general C..., que murió repentinamente no hace muchos días.

Era subteniente, y se hallaba comiendo en una casa de campo con el general L...—un caballero de la población vecina, también convidado, llegó un poco después de la hora marcada, se advertía bastante desorden tanto en su traje como en su fisonomía,—y dijo, para excusarse, que había encajado por primera vez al cabriolé un caballo muy vigoroso que tenía;—que el caballo se había encabritado, había roto las varas, que su criado había salido herido, siendo un gran milagro que no lo hubiese matado; que, por lo demás, le había dado orden á un criado para que se volviese á llevar el caballo sin uncirlo.

—¿Es tan indómito?—preguntó el general L...  
—Tanto,—que considero como imposible el poder acostumbrarlo nunca al tiro.

—¿Querrá vd. prestarme su caballo y su cabriolé para volverme á la ciudad en comiendo?

—Por lo pronto, mi cabriolé está roto,—mas aun cuando no lo estuviera, nunca permitiría esponerlo á vd. á un peligro que creo muy grave é inevitable.

—Es igual, insisto en ello.—Tenga vd. la bondad amigo mio, le dijo el general al dueño de la posesión, de hacer que me busquen un cabriolé.

Todos quisieron quitarle semejante idea de la cabeza al general, pero mostróse tan decidido, que se vieron obligados á ceder.

—Subteniente C..., exclamó, ¿gusta vd. acompañarme?  
—Seguramente, general.

Después de comer,—se unció el caballo;—C... y L... encendieron cada cual un cigarro,—y subieron al cabriolé después de haber sido objeto de nuevas observaciones.

El caballo rompió á andar con un vigor extraordinario. El ruido de las ruedas le asustaba hasta el punto de hacerle dar botes convulsivos.—L..., que era muy vigoroso, le sostenía con todas sus fuerzas.—Pero pronto se vió obligado á liarse ambas riendas á las manos;—empero llegaron á una calzada empedrada,—el ruido de las ruedas acreció considerablemente;—el caballo se volvió loco,—y se desbecó de súbito á pesar de todos los esfuerzos de L...—La situación hubo de empeorarse muy pronto, merced á la circunstancia de tener que descender una pendiente.—Yo llevaba bastante miedo, decía C..., al referir el suceso.

L... me dijo: Haga vd. lo que yo, y me cedió una de las riendas,—poniéndose á tirar de la otra con ambas manos.

¡Pero qué! el caballo corría cada vez con mayor velocidad.

Viendo esto L...,—me dijo con la mayor sangre fría, déme vd. esa rienda;—díselo en efecto;—anudólas ambas puntas y las dejó caer por cima del alero del cabriolé sobre el lomo del caballo, cruzó los brazos y volvió á seguir fumando su cigarro, que no se le había apagado,—el mio sí lo estaba.

—El caballo entonces,—viéndose sin sujeción alguna,—se lanzó á campo través, salvando todo cuanto se le ponía por delante.

—¿Quiere vd. fuego, C...?—me preguntó el general.  
Pero en aquel momento,—el caballo, el cabriolé, L... y yo nos vimos precipitados al fondo de un barranco,—el

(1) Sorprendido del primoroso artificio de la torre de su catedral, ordenó á sus artilleros que no dirijesen hacia ella sus descargas; y correspondiendo el emperador de Austria á semejante rasgo de cultura, hizo esculpir una media luna en el segundo cuerpo de su tronco.

caballo medio muerto, el cabriolé roto,—yo muy aturdido,—L... de pié—repitiéndome:—¿Quiere vd. fuego?—¡Por vida mia!—volví á encender mi cigarro que había conservado maquina y convulsivamente apretado entre los dientes en el momento de la caída,—y continuamos el camino á pié.

### Los cambios de gobierno.

Nosotros abrigamos la opinión de que los frecuentes cambios de ministerio, de que gozamos hace algunos años, ocasionan al país ventajas incontestables. Apenas ha comenzado á recibir algun impulso en una línea cualquiera la administración y las instituciones,—cuando viene otro ministro á permutar aquella dirección por otra, que volverá á ser cambiada á su vez, y aun antes de que haya podido sacarse de ella resultado alguno.

Existen además otras bellezas inherentes á este sistema, bellezas que quizá no perjudique el mostrarlas descubierto el pelo que las oculta.—Los ministros salientes,—se asemejan á dos marinos,—descritos divinamente en una de las novelas de Eugenio Sue,—que, después de haber acabado de comer, se entretienen en arrojar, por las ventanas, la vagilla y los muebles. Podría además comparárselos á los vendedores de las plazuelas, que, desalojados de sus puestos, á una hora determinada, por los agentes de la municipalidad,—ofrecen, á vil precio, el resto de su mercadería.

En el momento de desalojar sus puestos, todas las complacencias, todas las amistades, todas las adhesiones son admitidas á una gran almoneda de cuanto queda á disposición de los ministros; las cruces, los empleos, el dinero, son distribuidos á la manera que lo eran los comestibles en las antiguas fiestas públicas.—Al irse el ministro saliente,—es detenido en la escalera,—en el portal,—en la puerta del ministerio;—aun es algo ministro: se le hace firmar, firmar, firmar. Todo esto se hace con tanta confusión que ha acaecido algunas veces, por azar, y sin mala intención, tomar alguna medida útil, y el que se haya dejado arrastrar á dar alguna recompensa al mérito.—Empero lo mas seguro siempre es no fiarse de semejantes azares, por lo que pueda suceder...

### El Enfermo.

Preguntaba un médico á un enfermo cómo se encontraba. «¡Ah doctor! le respondió, me siento tan malo, que si vieran á decirme que me había muerto, no me causaría la menor sorpresa.»

### Diario de una recién casada.

5 de octubre. Eugenio es muy amable. Estos ocho días de matrimonio, su dulzura, su complacencia, aseguran mi felicidad para lo porvenir. ¡Ojalá sea mi vida fácil y tranquila! Me inspira una confianza sin límites. Sí, la verdadera felicidad consiste en esa mezcla de amor y de amistad, de seguridad y de ternura. Tengo una porción de trajes todos nuevos y todos del mejor gusto.

12 de octubre. Otra semana mas de dicha y de soledad. ¡Qué vida tan deliciosa si no se sintiera tristeza! Espero á mi Eugenio que está cazando desde las seis de la mañana.... ¡Ah!..... ¡ese es!

15 de octubre. Mi amable Eugenio, continúa siendo el mas amable de los maridos. No le hay mas dulce, mas atento, mas apasionado. Suele mirarse con demasiada frecuencia al espejo. Es una leve fatuidad: los hombres piensan en sí antes que en todo: este defecto no es individual.

16 de octubre. Antes se acostaba sin nada en la cabeza.—Ese gorro negro no le sienta bien.

17 de octubre. Eugenio sabe gruñir. Yo le quitaré esa cosumbre.

18 de octubre. Lee, bosteza y no me contesta.

20 de octubre. Me pongo de hocio... y se vá.

21 de octubre. Lloro y hace piruetas.

22 de octubre. Estamos enfadados, pero de veras. Veremos si se ha de salir adelante con su tiranía.

2 de diciembre. ¡Monstruo! Se ha ido á Madrid, me ha abandonado. Soy la mas desgraciada de las mugeres.... No le volveré á ver mas.... Una separación amistosa....

5 de diciembre. Ahora yo lo conozco á fondo. Es un alma vulgar con muchas pretensiones; imaginación de mercader y el corazón de fátuo; además, es mi marido.

10 de diciembre. Ha vuelto con un primo. Sea en buen hora.

11 de diciembre. Se ha venido á buenas. Hemos dado un paseo por el mar: mi prima iba también. Su habitación se halla situada en el ala izquierda del edificio: no nos parece mal.

15 de diciembre. Eugenio está cazando constantemente.

16 de diciembre. Empiezo á acostumbrarme al matrimonio.

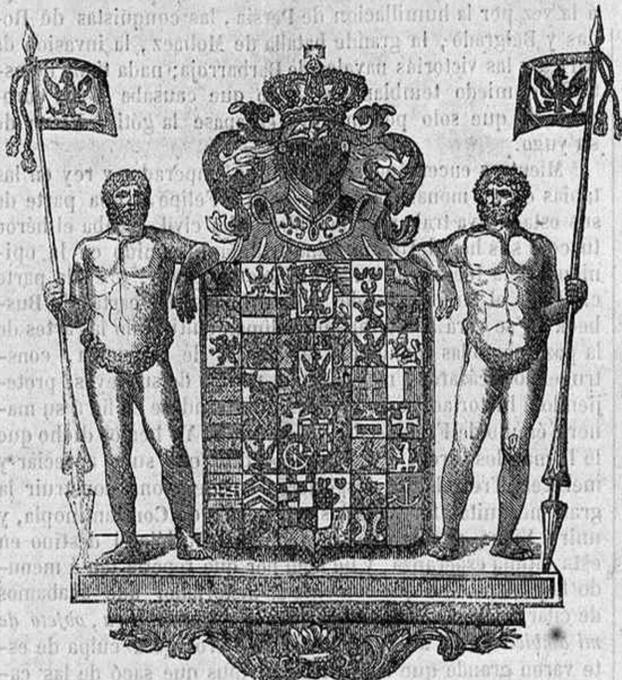
### El enemigo del matrimonio.

Interrogado un filósofo por qué no se casaba, respondió: «Para vivir mas tranquilamente:

- »Porque si doy con una muger buena, temeré perderla;
- »Si es mala, tendré el trabajo de sufrirla;
- »Si es pobre, tendrá necesidades que satisfacer;
- »Si es rica, exigirá deferencias;
- »Si es bella, habrá que guardarla;
- »Y de todos modos no me agradecerá el sacrificio de mi libertad.»



Armas de Baviera.



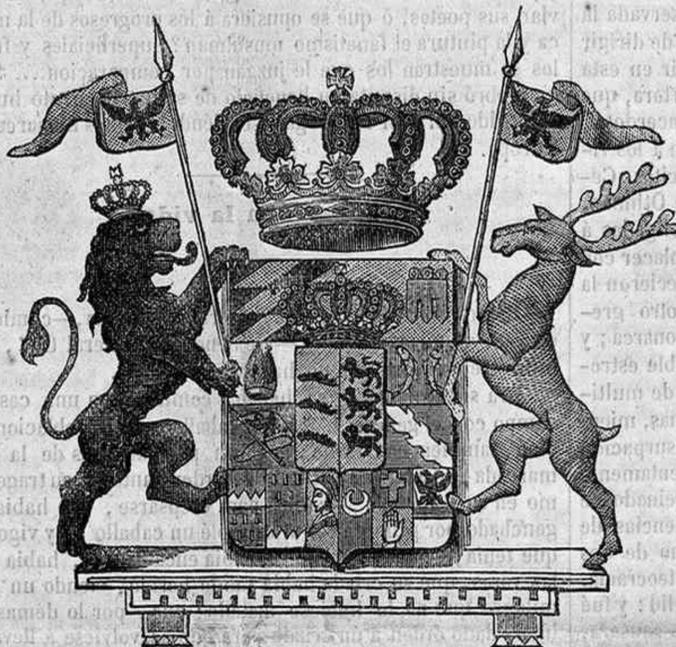
Armas de Prusia.



Armas de Austria.



Armas de Rusia.



Armas de Wurtemberg.

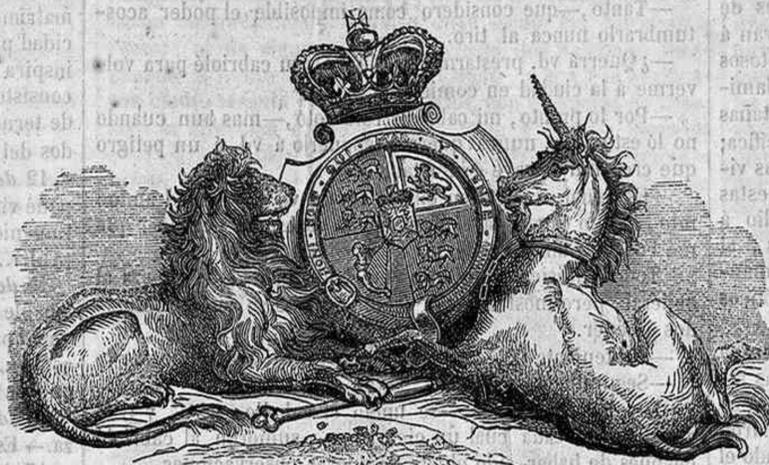


Armas de la República francesa.

Un milagro de Aïssa.

LEYENDA ARABE.

El jóven Aïssa (*Jesus*) habitaba en el Cairo, en su infancia, con su padre y su madre. Era un niño de muy buen fondo, pero turbulento y amante del juego con pasion; no podian conseguir ocuparlo en cosa alguna. Pasaba todo el tiempo jugando, en las plazas ó en las calles, con los de su edad, no volviendo nunca á su casa sin traer señales de su travesura, lo cual le ocasionaba continuamente graves inquietudes á María (sobre la cual sea la bendicion divina!) Aconteció, un dia, que los pequeños camaradas de Aïssa reunidos, en su ausencia, en el lugar de costumbre, en un arrabal bastante apartado de la ciudad, trabaron una reyerta, y que dos de entre ellos terminaron la disputa á pedra-



Armas de Inglaterra.

das y á puñetazos. El mas jóven y débil de los combatientes, sintiéndose próximo á ser echado por tierra, fingió dar un traspiés en la lucha, agarra simuladamente una piedra y de súbito la lanza con violencia á la cabeza de su adversario. Este cayó instantáneamente, sin movimiento, sin color, sin vida...

Los muchachos, asustados, se lanzan sobre el cuerpo de su camarada, lo levantan, lo sacuden, lo llaman... estaba muerto. En tanto, el culpable habia huido á todo correr.

El de mas edad de la cuadrilla (era tambien el peor de ella) les dijo entonces á los demás:

—Escuchadme... está muerto, ya nada puede remediarse... pero ahora es preciso no denunciar al que lo ha matado... y, supuesto que no estaba hoy Aïssa con nosotros, si por acaso nos preguntan quién le ha dado el golpe, diremos que ha sido él... ¿Qué arriesgamos?... Y ahora, ya que quedamos convenidos en esto, pongámonos en salvo!...

Y todos los muchachos se dieron á huir, dejando tendido por tierra el cuerpo de su camarada.



Armas del Brasil.

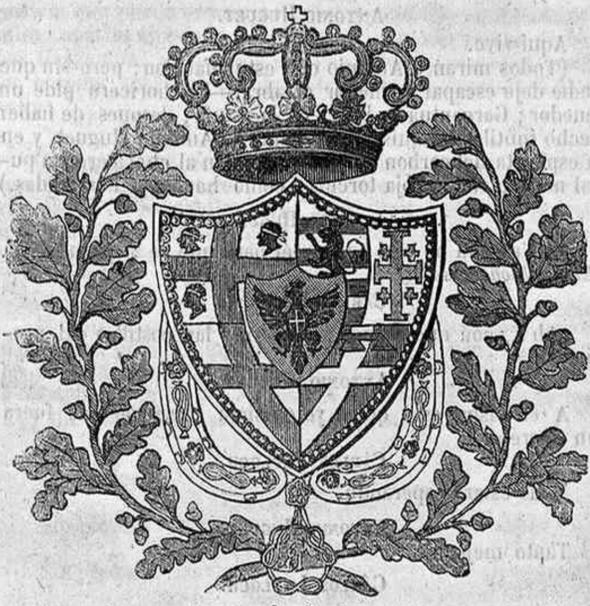


Armas de los Estados Pontificios.

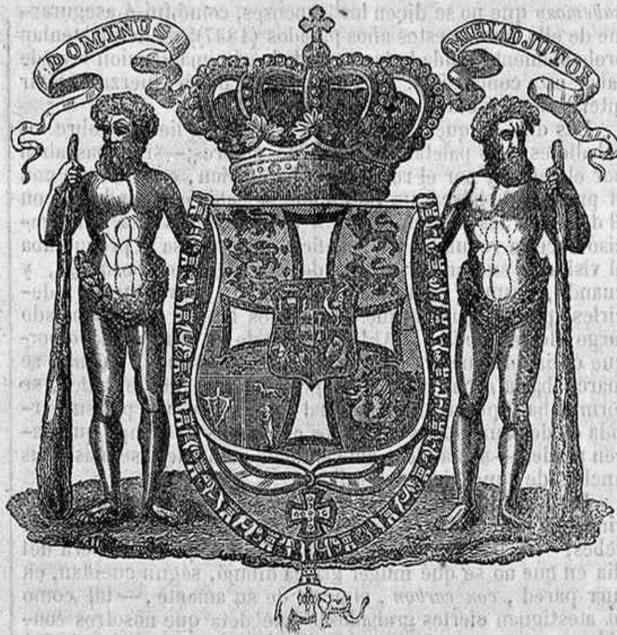
Cortos instantes despues pasaron por allí dos mujeres, se aproximaron al cadáver del pobre muchacho, lo examinaron, y, habiéndolo reconocido, lo trasportaron á la ciudad, lo depositaron en su casa, y corrieron á informar á us padres del triste acaso que acababa do ocurrir.

Estos, despues de haber derramado abundantes lágrimas, por un sucesso que hubieran podido evitar siendo mas precavidos, se trasladaron apresuradamente á casa del kadi Hanéfi, le refirieron lo ocurrido, y suplicaron, llorando, al magistrado que diese cuantas providencias fuesen necesarias para que el culpable, una vez descubierto, fuese castigado con arreglo á la ley.

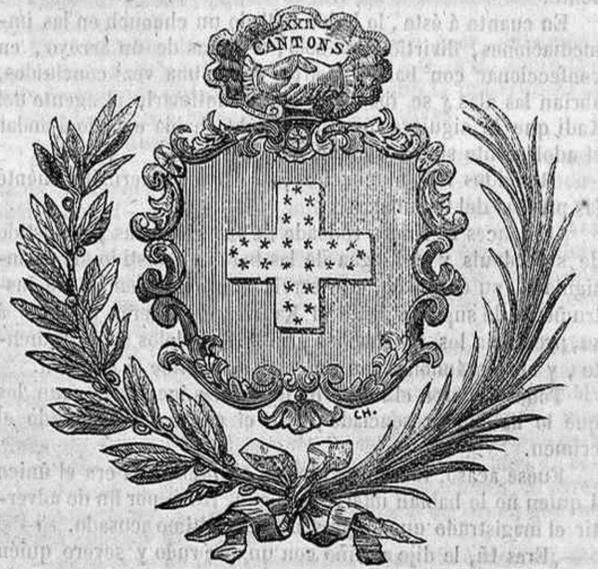
El kadí (á quien Dios premie en la otra vida y de cuyos méritos haga que nos aprovechemos!) el kadí, hombre sábio y prudente, prometió hacer lo que se le pedia, tanto mas, cuan-



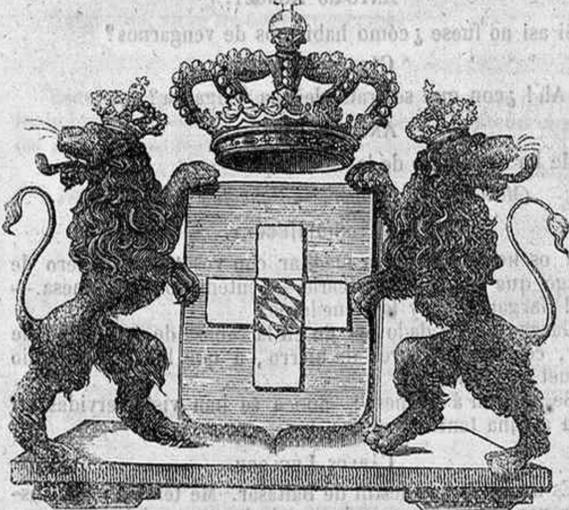
Armas de Cerdeña.



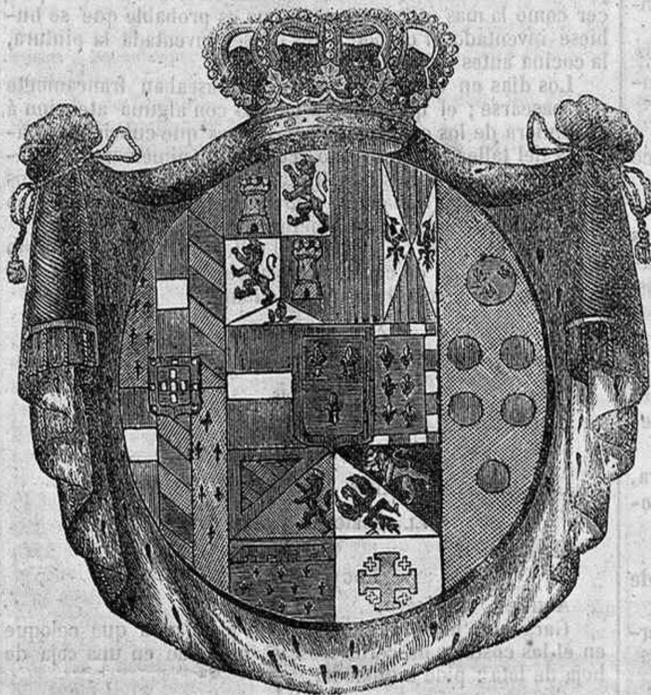
Armas de Dinamarca.



Armas de Suiza.



Armas de Grecia.



Armas de Sicilia.



Armas de Bélgica.



Armas de Sajonia.



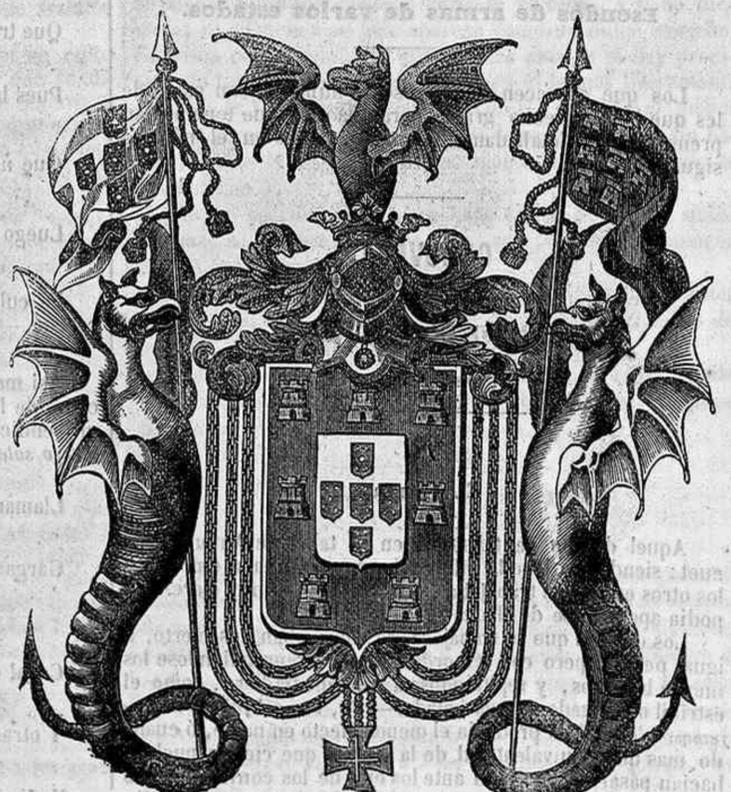
Armas de Holanda.



Armas de Suecia.



Armas de Turquía.



Armas de Portugal.

to que el empleo de que se hablaba revestido le imponía el deber de ordenar el bien y de impedir el mal. Prescribió, en su consecuencia, que fuesen inmediatamente detenidos cuantos niños se hallasen en las calles de la ciudad, con particularidad aquellos con que se sabía acostumbraba á reunirse el difunto para jugar, y que todos fuesen conducidos, de grado ó por fuerza, á su tribunal.

Los *chaouchs* del kadí, y aun algunos adouls (secretarios), partieron inmediatamente en todas direcciones, yendo en busca de muchachos... y en menos de una hora reunieron gran número de ellos, á los cuales los condujeron á pesar de sus lágrimas y gritos, á la cámara del pretorio. Entre ellos se hallaba el autor del asesinato, los testigos de la riña y el perverso muchacho que había inducido á sus camaradas á hacer

pesar el crimen sobre la cabeza de Aïssa que se hallaba ausente.

En cuanto á éste, lo había hallado un chaouch en las inmediaciones, divirtiéndose solo, á orillas de un arroyo, en confeccionar con barro pájaros que, una vez concluidos, abrían las alas y se iban volando. Al intimarle el agente del Kadí que lo siguiera inmediatamente, había echado á andar el adolescente sin resistencia y sin temor.

Reunidos los muchachos, se cerraron herméticamente las puertas del tribunal.

Entonces el Kadí, rodeado de sus chaouchs, y asistido de sus adouls y del agha de las baras, revestido de la insignia de su dignidad, que servía al propio tiempo de instrumento de suplicio, hizo el Kadí que le fueran llevados á su presencia los muchachos, interrogándolos sucesivamente, y amenazándolos con un castigo terrible si mentían.

Todos negaron el hecho de que se les inculcaba, aun los que lo habían presenciado, aun el que había cometido el crimen.

Fuese acaso, fuese providencia el niño Aïssa era el único á quien no le habían interrogado aun. Hubo por fin de advertir el magistrado que se presentase el último acusado.

—¿Eres tú, le dijo al niño con un aire rudo y severo quién ha matado?

—No, respondió Aïssa con aplomo y sin dejar acabar al Kadí.

—No basta negarlo.... Tu aparente tranquilidad no me impone.... ¿En dónde estabas cuando....

—Yo no soy!

—¿Quién nos lo prueba? Todos tus camaradas están conformes en acusarte....

—¿En donde está el cuerpo del que ha sido muerto?

—No está aquí? Pero, ¿para qué es para lo que hace falta?

—Que vayan á buscarlo y que lo traigan.

Al oír estas palabras se miraron asombrados los miembros del tribunal. ¿Quién era aquel muchacho que se atrevía á hablar tan resueltamente ante una asamblea de jueces respetables?

No obstante el Kadí, hombre sábio y prudente, envió á buscar el cadáver del muchacho matado de una pedrada; y algunos instantes despues el cuerpo del infortunado niño, cuidadosamente labado y envuelto en paños blancos, era depositado en la esterilla que recubría el pretorio.

Mas, apenas había sido depositado el cuerpo en tierra, cuando el jóven Aïssa avanzando, dijo tendiendo la mano sobre él:

—¡Levántate!

El niño se levantó incontinente, lleno de vigor y de vida.

Y sin dejar á los asistentes tiempo de reponerse de su sorpresa, el jóven Aïssa añadió:

—¿Quién es el que te ha matado?

El resucitado designó inmediatamente con el índice, entre los muchachos pálidos de espanto agrupados en torno suyo, aquel que le había herido.

En cuanto al mal intencionado muchacho que había querido hacer recaer la culpa sobre la cabeza de un inocente, lo denunciaron sus compañeros al Kadí, quien le invitó á que se disculpase; pero no le fué dado responder; se había tornado sordo y mudo.

Los miembros todos del tribunal se levantaron, inclinaron sus turbantes blancos en señal de respeto, y se llevaron la mano derecha sobre el corazón.

Y el Kadí Hanefü, escoltado por todas sus gentes, condujo por sí mismo al jóven Aïssa á su madre y predijo á María que aquel niño llegaría á ser algun día un gran profeta.

¡Y loado sea Dios, señor de dos mundos!... ¡Que Dios derrame sobre nosotros, sobre Mahoma nuestro señor, sobre su familia y sus compañeros, el odorífico rocío de sus bendiciones!...

P. E. B.

### Escudos de armas de varios estados.

Los que aparecen en el presente número, son parte de los que hemos hecho grabar para una obra que tenemos en prensa, y que detalladamente anunciaremos en el número siguiente.

### GENOVEVA.

POR

ALFONSO KARR.

(Continuacion.)

XX.

EL TALLER.

Aquel día no se trabajaba en el taller de Antonio Huguet: siendo tan leve la diferencia que resultaba entre él y los otros en que se trabajaba, que solo un ojo muy ejercitado podía apercibirse de ella.

Los días en que se trabajaba, se entregaban, es cierto, á igual pereza, pero con remordimientos,—reprendiéndose los unos á los otros, y repitiéndose á cada media hora, como el estribil o obligado de una balada:—¡Ea, vamos! ¡ahora trabajemos!—lo cual no producía el menor efecto en nadie, ó cuando mas uno equivalente al de la momia que ciertos pueblos hacían pasar en un festín ante los ojos de los convidados;—lo que equivalía también poco mas ó menos al «Hermano, morir

habemos» que no se dicen los trapenses, como fui á asegurarme de ello uno de estos años pasados (1837); de lo cual tenían probablemente cuidado los convidados de imaginación viva de sacar esta conclusión: «Si tenemos que morir, fuerza es vivir interin llega ese día.»

Los días en que se trabajaba estaban los lienzos sobre los caballetes, las paletas cargadas de colores;—si se paseaban por el taller y por el resto de la habitación, era siempre con el pretexto de buscar un tiento que se había extraviado, ó con el de entrar los pies en calor. Si venía alguna visita, era preciso hacerla redundar en beneficio del arte; se le preguntaba al visitante su parecer acerca de una figura en bosquejo, y cuando, despues de un maduro examen, se aventuraba á decirles que le parecía que uno de los brazos era demasiado largo, le respondían: ¡Ah! nos sacas de un gran cuidado porque creíamos que era demasiado corto. Despues, cuando se marchaba la dicha visita, con gran sentimiento del taller, se formulaba hipócritamente el mal humor causado por su partida en declamaciones contra los ociosos, y el tiempo que hacen perder,—sentándose ante el fuego para quejarse mas á sus anchas de aquel tiempo perdido.

Pero los días en que no se trabajaba, se hacían en los rincones los caballetes desarmados y los lienzos puestos del rebés;—no hablándose de la pintura mas que la víspera del día en que no se qué muger griega dibujó, segun cuentan, en una pared, con carbon, el perfil de su amante,—tal como lo alestigan ciertos grabados,—anécdota que nosotros consideramos como apócrifa, fundándonos en que bajo un cielo tan hermoso como el de Grecia, en donde es antepuesto el placer á la utilidad, es decir, en donde es considerado el placer como la mas útil de las cosas, no es probable que se hubiese inventado el carbon antes de ser inventada la pintura, la cocina antes que las artes.

Los días en que se trabajaba, se paseaban francamente por pasearse; el que hubiere mirado con alguna atención á cualquiera de los cuadros ó de los yesos que cubrían las paredes del taller, hubiese sido acusado unánimemente de «dabrar su sepulcro.» Los días en que no se trabajaba, eran los grandes días de trabajo de Gargantua; siendo el desayuno mas suntuoso, exigía mas esmero y carreras, etc., etc.

Aquel día no se trabajaba en el taller. Mithois tenía puesto un burnous árabe de cachemira blanco: Antonio Huguet ostentaba una chupa de bandido napolitano.

ANTONIO HUGUET.

Vamos, Gargantua, por la mesa.

MITHOIS.

Llaman....

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, ve á abrir.

EL CHORICERO (entrando.)

M. Huguet?

EDGARD SAGAN.

Aquí es, choricero.

Gargantua le dá al choricero un plato para que coloque en él las costillas de cerdo frescas, que trae en una caja de hoja de lata: pide un tenedor.

MITHOIS.

Gargantua, un tenedor.

GARGANTUA.

Los estoy buscando.

ANTONIO HUGUET.

Pues dónde has echado los tenedores? es así como cuidas de mi plata? Tome, choricero. (Le dá un puñal; el choricero toma el puñal con la punta de los dedos, no atreviéndose á alzar los ojos: acaba de colocar en el plato las costillas.)

MITHOIS.

Choricero, tiene vd. confianza en lo que trae? A primera vista podria asegurarse que son costillas de perro de aguas.

EL CHORICERO.

Son lo mismo que las últimas.

CÁRLOS LEFLOCH.

No hay bastantes pepinillos.

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, qué tenía yo dicho?

GARGANTUA.

Que trajese mas pepinillos.

ANTONIO HUGUET.

Pues bien; y qué es lo que dice Carlos?

GARGANTUA.

Que no hay bastantes pepinillos.

ANTONIO HUGUET.

Luego mis órdenes han sido desobedecidas?

GARGANTUA.

La culpa la tiene ese maldito pinche; bien que se lo encargué.

ANTONIO HUGUET.

Asi me gusta, Gargantua, que tengas energía para las cosas de la casa: harás que esta noche me acuerde de echarte mi bendición: paga al contado y pide alguna rebaja. (El choricero sale.)

MITHOIS.

Llaman.

ANTONIO HUGUET.

Gargantua, llaman.

(Entra otro salchichero.)

CÁRLOS LEFLOCH.

Calla! otro choricero!

MITHOIS.

Y otras costillas.

EL NUEVO CHORICERO.

M. Vasselin?

ANTONIO HUGUET.

Aquí vive.

(Todos miran á Antonio con estupefacción; pero sin que nadie deje escapar la menor palabra.—El choricero pide un tenedor; Gargantua lo busca en la estufa, despues de haber hecho inútiles pesquisas en la cama de Antonio Huguet y en la espuerta del carbon de piedra. Le dan al choricero un puñal malayo con la hoja torcida, como haciendo llamaradas.)

ANTONIO HUGUET.

M. Vasselin no está aquí,—él hará que se le pague á vd. (El salchichero sale.)

CÁRLOS LEFLOCH.

¡Ah! ¿con qué vamos á comernos las costillas del propietario?

ANTONIO HUGUET.

A él mismo es á quien yo quisiera comerme sino fuera tan correoso.

CÁRLOS LEFLOCH.

Y las estará esperando.

ANTONIO HUGUET.

Tanto mejor.

CÁRLOS LEFLOCH.

Y tendrá que pagarlas.

ANTONIO HUGUET.

Si así no fuese ¿cómo habíamos de vengarnos?

CÁRLOS LEFLOCH.

¡Ah! ¿con que se trata de una venganza?

ANTONIO HUGUET.

Me ha despedido de la casa.

(Momento de estupor, indignacion profunda.)

ANTONIO HUGUET.

Y os he reunido para meditar con vosotros el género de castigo que conviene aplicarle.—Sentémonos á la mesa.—¡Eh! Gargantua, ¿y los tenedores?

Gargantua ha dado por fin en la cabeza de una Niobe de yeso, con los tenedores de hierro, á que llamaba Antonio Huguet su plata.

Se sientan á la mesa:—nunca se han visto servidas en mesa alguna tantas costillas.

CÁRLOS LEFLOCH.

Es un verdadero festín de Baltasar. Me temo á cada instante ver aparecer, en la pared, las tres palabras amenazadoras:

Mane Cecel Phares.

MITHOIS.

El lujo excesivo en las comidas ha precedido siempre y ha anunciado la caída de los grandes imperios.

ANTONIO HUGUET.

El tal Vasselin me ha despedido de la casa; apenas me instalé en ella, cuando ya, sin saber por qué, empezó á concebir dudas sobre mis fondos habiéndome hecho pasar con este motivo por diversas pruebas, de todas las cuales he salido victoriosamente.

Primera prueba.—El criado de Vasselin vino á pedirme, ocho días despues de haberme mudado aquí, el cambio en metálico de un billete de 1000 francos.

MITHOIS.

¡De mil francos!

CÁRLOS LEFLOCH.

¡De mil francos!!

EDGARD SAGAN.

¡De mil francos!...

ANTONIO HUGUET.

De mil francos.—Yo no me alteré en lo mas mínimo; le contesté al criado: no tengo dinero suficiente para cambiarle á vd. un billete de mil francos, pero vaya vd. al pasaje de los Panoramas, y allí encontrará vd. un cambiante que por cierto no es nada bonito, ó sino en la plaza de la bolsa hallará vd. á otro sumamente feo,—estoy seguro de que uno ú otro lo han de servir á vd.

El criado se volvió á bajar. La primera pueba se le había frustrado; las personas mejor acomodadas pueden muy bien no tener en sus arcas mil francos en plata.

Segunda prueba.—Ocho días despues, volvió á subir el criado; —me dijo que su amo tenía convidados, que le faltaba algun servicio de mesa, y que me suplicaba le prestase tres cubiertos;—¡Cómo, le dije, con el mayor placer!... Entre vecinos son permitidas estas cosas; ¿está vd. bien seguro de que no le faltan mas que tres cubiertos?

—Si señor.

Hagáme vd. el gusto de bajar á ver si con tres cubiertos tendrá bastante.

Transcurridos diez minutos, volvió á subir el criado afirmandome que tendría bastante con tres cubiertos.—Gargantua le dijo entonces al rapaz que se halla aquí presente, dame tres cubiertos; Gargantua con una gravedad digna de los mayores elogios, sacó tres cubiertos...—Gargantua, no metía todavía segun creo, entonces, los cubiertos en la cabeza de Niobe;—era verano, los guardaba dentro de la estufa.

MITHOIS.

¿Los cubiertos de que nos servimos?

ANTONIO HUGUET.

Los mismos.

CÁRLOS LEFLOCH.

¿Los cubiertos de hierro?

ANTONIO HUGUET.

Cuidado que le diga vd. á su amo, le añadí, que si quiere mas, que estoy enteramente á sus órdenes.—Y el criado se llevó los cubiertos que me fueron devueltos al día siguiente. De entonces acá no ha perdonado medio alguno de disgustarme; en fin, al llegar el día del último pago, me he retardado algunos días y me ha hecho saber por un agente de

justicia que puedo desocupar la habitación. Hé aquí, amigos míos, cuál es el estado de las cosas; que nos ponga de beber Gargantua, y que cada uno con calma y gravedad, emita su opinión sobre el castigo que debemos imponer á Vasselín.

MITHOIS.

Creo que aquí no se trata de un simple castigo, sino de una sucesión de castigos, es decir de una *sierra*. Es necesario que Vasselín maldiga el día de su nacimiento; es preciso que nos halle en todas partes á nosotros y á nuestra venganza, es necesario que sueñe con nosotros.

ANTONIO HUGUET.

Mithois ha pre-entado perfectamente la cuestión: procedamos con orden, que cada cual dé su opinión; Gargantua las irá escribiendo, y las diversas penas á que condenamos á Vasselín, irán siendo ejecutadas sucesivamente por su turno, sin restricción, sin conmutación, sin piedad.

MITHOIS.

Sin piedad.

CARLOS LEFLOCH.

Sin piedad.

EDGARD SAGAN.

Sin piedad.

GARGANTUA.

Sin piedad.

ANTONIO HUGUET

Gargantua, sirve de beber y escribe.

MITHOIS.

ESCRIBE:—por crímenes y maldades con que no queremos manchar el papel, es condenado el señor Vasselín á sufrir las penas, cuyo por menor es el subsiguiente:

1.º El señor Vasselín y sus descendientes, quedan privados para siempre de campanilla.

(Antonio Huguet sale.)

CARLOS LEFLOCH.

2.º Todos cuantos vengan al taller tendrán que llamar en casa del señor Vasselín al subir, y preguntarle á su criado: es cierto que se ha vuelto loco M. Vasselín?

(Antonio Huguet vuelve con el cordón de la campanilla de M. Vasselín, que ha ido á cortar á su puerta: es acogido con aclamaciones.)

ANTONIO HUGUET.

3.º.....

A este tiempo entró Leon.

Para saber el motivo que condujo allí á Leon, será preciso que nos remontemos á sucesos algo anteriores.

XXI.

UN DIA NEFASTO.

Pero antes de escribir este capítulo, tenemos que intercalar otro, para no haber de interrumpir en seguida nuestra narración;—es una *fé de erratas*, puesta por una persona á quien amamos y cuyo talento es para nosotros un juez sin apelación.

FÉ DE ERRATAS.

1.º Al principio del primer volumen, habeis puesto dos veces *somno* como una cosa sumamente elegante, y en esto os habeis engañado.

2.º Y *clavicordio*;—tendreis la bondad de decirme, —en dónde habeis visto clavicordios?

—Yo ví uno en mi infancia, en casa de una señora anciana que lo tocaba;—las teclas eran negras y los dieces blancos.—Es ridículo decir *clavicordio*, sobre todo siendo, como vos sois, hijo de un pianista distinguido.

3.º No me gustan las mugeres que hacen las cosas de la cocina, —sobre todo con zapatos de raso; deben tener los pies helados, y por consecuencia la nariz encarnada:—lo único en que les es permitido entender á las mugeres en el arte de cocinar, es en la confección de platos de dulce, y aun así tienen ocho días despues echadas á perder las uñas.

4.º Hablais demasiado de botas.

5.º Las mugeres aprobarán la idea de proporcionarle á Genoveva el mejor zapatero, —porque los zapatos no son nunca ni bastante caros, ni bastante bien hechos;—pero se reirán de la *mejor modista*, —pues que aun las mas elegantes no mandan hacer sino unas á Palmira, para tener un modelo.

A esto responderemos:

1.º.....

2.º Detestamos la palabra *piano*, que no quiere decir nada, y que no es sino la mitad del nombre del instrumento, en tanto que *clavicordio* tiene un sentido y suena mejor;—hemos visto clavicordios, y por mas señas que hemos quemado uno, durante un cierto invierno.

3.º..... Es una historia que referimos y que no inventamos.

4.º Leon es quien se ocupa del tocado de su hermana, y tanto á Leon como á mí, se nos alcanza muy poco en estas materias;—ademas, solo las personas ricas son las que saben y las que pueden hacer economías, —y Leon no tenia medio alguno de ser económico.

—¿Es eso todo?

—Seguramente que sí.

Añadiremos ahora, de *nuestra cabeza*, que hemos escrito, al principio del segundo volumen: «una pipa de espuma»;—todo el mundo habla de pipas de *espuma de mar*, —y todo el mundo comete la propia tontería que nosotros:—es necesario decir pipas de *Kummer*, del nombre del inventor de la pasta de que son hechas las mencionadas pipas.

Y ademas: «tan encantadora cuanto puede serlo la muger á quien se ha amado.» Este pensamiento es bastante original;—hay dos clases de hombres que profesan la opinion contraria:—los *liceistas* y los *antiguos buenos mozos* de cuarenta y ocho años que empiezan á encanecer.—Los *liceistas* erigen en *Dianas cazadoras* á las diversas *Gothons*, *cocineras* y *niñeras*, á quienes las está reservado la mayor parte de las veces cuanto de mas noble y grande encierra la vida: el primer a nor de un adolescente;—los hombres de cuarenta y ocho años dicen, con una voz de tenor y una añosa sonrisa de fa-

tuidad sin dientes, al hablar de una muger cualquiera:—«yo la conocí muy bonita; tenia un cuerpo lindísimo; era una Venus.»

Y ademas: en el capítulo XI, y en el capítulo XV del segundo tomo, —hemos mostrado á Leon comprándose un sombrero;—el sombrero renovado en el capítulo XI, no tenia necesidad de serlo mas adelante: es un error de fecha de nuestra memoria, —que no reporta otra utilidad que la de prestarle al capítulo XV los sucesos de lo que acaeció en el capítulo XI.

XXII.

UN DIA NEFASTO.

Un día salió Leon por la mañana diciéndole á Genoveva: Volveré temprano y te traeré lo que el médico te ha mandado.—Y, por la vez primera, la habia dejado sin dinero: Leon carecia de él absolutamente; pero era día de lección de una de sus discípulas, cuya duodécima tarjeta le habia sido entregada la lección precedente, y, segun costumbre, debia pagarle en aquel día.

Estando dando la lección anunciaron á M. Rodolfo de Redeuil. Rodolfo entró, besó la mano de la jóven señora, y saludó á Leon con un aire protector tan impertinente, que le costó trabajo á Leon hallar un saludo que lo fuese aun mas. Leon estaba en la casa bajo el pié de hombre pagado, y Rodolfo, aun siendo amigo de Leon, no hubiera tenido valor para confesarlo en semejante circunstancia; pero ambos, cuantas veces se encontraban, no perdonaban medio de dirigirse palabras punzantes; Rodolfo, menos espiritual que Leon, á pesar de la superioridad de su posición en la cual se atrincheraba, no le llevaba ventaja la mayor parte de las veces á su adversario, avivándose su cólera contra él á cada encuentro.

—¿M. de Redeuil, exclamó madama de Drean, me permitirá vd. continuar mi lección?

Leon sintió agolpársele la sangre al rostro: aquello equivalia á preguntarle á Rodolfo si queria que lo despidiesen. Rodolfo se inclinó sin hablar; pero antes de su respuesta, habia vuelto Leon á ocupar su asiento al piano y habia dado el tono á madama de Drean.—Cantó una pieza, despues de lo cual la dijo Leon: Eso no está bien. Rodolfo se levantó y exclamó: Admirablemente.

Leon, á su vez, fingió no haberlo entendido é hizo ver á madama de Drean en qué se habia equivocado, solo que como el modo que habia tenido Rodolfo de dirigirla aquella galanteria era mas que desairado para él, añadió: Hay personas á quienes les pareceria esto admirable, pero vd. felizmente se halla adornada de unas dotes tales, que no debe contentarse con una aprobación vulgar y de mal gusto.

Madama de Drean le preguntó á Rodolfo si era músico; él la respondió: No, tengo hace un año un *pobre diablo* de maestro de piano que anda todos los días una legua por el lodo para ir á darme una lección que yo no tomo casi nunca, á lo que últimamente he determinado hacerle ejecutar dos ó tres cosillas en el piano, le pago su tarjeta y se va.

—Pobre diablo, en electo, murmuró Leon, pues se vé obligado á sufrir eso.

—Vd. deberia imitar mi ejemplo, continuó Rodolfo; M. Leon tiene bellísimas disposiciones para el violin, esto la procuraria á vd. alguna distracción.

—Me es conocido, contestó madama de Drean, el talento de M. Lauter: *tuvo la bondad* de que le oyésemos en mi última *soirée* á la cual se dignó asistir.

Leon le dió interiormente gracias á madama de Drean; Rodolfo se mordió los labios, madama de Drean añadió: ¿Y vd. por qué no vino?

—No soy aficionado á la música, respondió Rodolfo, y usted en su billete me advertia que su *soirée* seria toda musical, ademas le habia prometido á Leon le interrumpió con un preludio en el piano y dijo: Gusta vd., señora, de que repitamos aquella canción antigua que á vd. le agrada tanto? Deslizóse una nube de cólera por la frente de Rodolfo.—Madama de Drean se levantó y comenzó á cantar.

En tanto que madama de Drean cantaba, Rodolfo, el codo sobre el piano, y la cabeza inclinada, le lanzaba las mas irresistibles miradas.—Leon le dijo: Dispénsame usted caballero, pero su codo colocado sobre el piano le apaga en gran manera los sonidos.

La lección habia acabado, pero Leon no queria hacer, delante de Rodolfo, como el *pobre diablo* de maestro de piano, á quien este le daba su *tarjeta*, y se iba:—ademas no era de aquella suerte como se procedia con él en casa de madama de Drean. Leon estaba bastante bien educado y tenia bastante mundo para que generalmente gustaran todos de tratarlo de un modo decoroso.

—Esceptuó de esto á algunas personas que, en su culto por el dinero, no creen jamás de buena fé que lo que se dá por dinero, por precioso que sea, valga realmente dinero, y creen siempre ser los bienhechores de aquellos á quienes se lo dan, por corta que sea la cantidad que den y sea cualquiera el valor de lo que se les dá en cambio,—porque, sea lo que sea, nunca, dicen, es dinero.

Nada de extraño habia por lo tanto en que Leon, terminada que fué la lección, tomase una silla y continuase alternando en la conversacion. Nada es tan desagradable para un hombre como el ser sorprendido por otro haciendo gestos y guiños de ojos;—de esta especie era el disgusto que le habia ocasionado Leon á Rodolfo, cuando le suplicó con la mayor urbanidad, que no pusiese el codo sobre el piano. Madama de Drean habló de música, Rodolfo de muchas simplezas.

LEON.

En Francia, es comprendida de un modo bastante singular la música: generalmente se toma como una fiebre intermitente.—Durante cinco ó seis años, no se suelen ocupar de ella, despues se pone de pronto á la moda, y entonces ya todos se aficionan, todos hablan de ella, á todas estasia y la aplauden.—Y los elegantes van á gritar al teatro italiano:—¡Bravo, Rubini! ¡Bravo, Grissi! en tanto que Rubini y la Grissi cantan, haciendo de modo que ni ellos ni nadie puedan oírlos. Es una desgracia que se haya llegado á hacer tocar en el ridículo la cosa mas bella que existe, el mas divino de los artes, la música;—y que á causa de no poder sentir dignamente y apreciar la música, haya quien se revista de una admiración grotesca en su exageración para con los diversos funámbulos á quienes se les rinde mil veces mas homenajes que á los grandes genios cuyas obras cantan.

RODOLFO.

Monsieur Lauter, ¿quién es hoy día el primero de los jóvenes violinistas?

Era imposible hacer una pregunta con peor intención; equivalia á decirle á Leon: no te cuento á tí, á tí, pobre talento de segundo orden.—Leon comprendió la impertinencia y le respondió con la mayor imperturbabilidad:

—Yo caballero.....

Rodolfo creyó replicar con una sonrisa irónica.—Pero madama de Drean, casi á pesar suyo, exclamó: Bravo, monsieur Lauter!—A propósito, dijo poniéndose algo sobre sí: el que tenga vd. tan admirable talento no es una razon para que yo no le pague á vd. sus lecciones, de las que, aun despues de pagadas, le quedo sumamente reconocida porque me las dá. Soy deudora de vd. desde la lección última.—Vd. tiene todas mis tarjetas, ¿no es cierto?

Leon habia tomado las tarjetas por la mañana, y las habia contado cuatro veces para estar bien seguro de no dejarse olvidada ninguna, y no dejar á merced de la suerte medio alguno de retardar el pago; y antes de llamar en casa de madama de Drean, habia metido la mano en el bolsillo para asegurarse de nuevo de que estaban allí; pero la idea de recibir delante de Rodolfo el importe de sus lecciones, le pareció insostenible, y le contestó á madama de Drean que no llevaba consigo sus tarjetas.

—Pero si yo no tengo necesidad alguna de ellas: vd. me las devolverá otro día; estoy completamente segura de que le dí á vd. la duodécima la última vez que vino: voy á darle á vd. su dinero.

Y se aproximó á un escritorio.....

Dinero! allí habia dinero! tan cerca de Leon: dinero que se le debía, que le pertenecia, que se lo iban á dar, que iba á tocarlo con sus manos, á echarlo en su bolsillo, dinero que, en un volumen tan pequeño, encierra tantos placeres, tanta felicidad, tanta independencia, tantas lágrimas enjugadas, tanto poder.

Y dijo.....—No, gracias, me lo dará vd. otro día, hoy me embarazaria!..!

Le embarazaria! pobre jóven, no se creeria sino que llevaba los bolsillos henchidos de oro!—Ay! sus pobres bolsillos tan vacios y tan holgados!—Cuando no le habia dejado nada al marcharse á Genoveva, era señal de que absolutamente nada le restaba!..!

(Continuará.)

El hombre á quien se ama y aquel á quien no se ama.

Existe entre un hombre y una muger que se aman un idioma que es extraño á los que no se aman. Este idioma llega á ser ininteligible para aquel de los dos que no ama ó que ama menos.

El hombre á quien se ama es aquel en quien se piensa constantemente, que se desea ver sin cesar, del que no es fácil separarse sin disgusto, al que siempre se le vuelve á ver con placer. Nunca fatiga el oírlo hablar; las cosas mas insignificantes, dichas por él, tienen un indecible encanto; agrada y parece bien todo cuanto hace. Se participa de su opinion de su gusto; no se conciben otros deseos que los suyos.

El hombre á quien no se ama, cansa, fatiga; pone de mal humor desde que se le vé; no hace sino un instante que se está á su lado, y ya parece que ha transcurrido un siglo. Apenas se le contesta; fastidia, y no se trata de ocultárselo. Los dichos mas oportunos, en su boca, parecen necios y absurdos; parece mal todo cuanto hace; nunca se está de acuerdo con opinion; no se participa de ninguno de sus gustos.

Que sea infiel el hombre á quien se ama, y se le perdona. Que sea constante el hombre á quien no se ama, y nunca se sabrá su buen deseo.

El hombre á quien se ama puede enfadarse, reñir, quejarse, el corazón lo escusa incesantemente, se anticipa siempre á la reconciliación. El hombre á quien no se ama trata en vano de hacerse el amable; bien puede ser atento, complaciente, galante, no se repara en ello.

En el paseo se apoya el brazo en el del hombre á quien se ama, se le sonríe tiernamente, se buscan sus miradas, no se siente cansancio, parece corto el camino, y si no dice nada, el silencio á su lado aparece como un dulce ensueño. Se pasea con el hombre á quien no se ama, y si hay precisión de tomar su brazo, se apoya en él lo mas ligeramente posible; se teme tocarle, apoyarse en él, entablar el menor contacto con su persona. Nunca se le mira. Se anda sin hablar, no se le responde sino por monosílabos; el camino se hace eterno.

No hay sacrificio que no se haga por el hombre á quien se ama. Al hombre á quien no se ama, no se le tienen en cuenta todos cuantos ha hecho.

Se cierran los ojos sobre los defectos del hombre á quien se ama; no se quiere reparar en las buenas cualidades del hombre á quien no se ama.

Muchas veces, no obstante, la muger no es amada del hombre á quien ama, al paso que es querida con la mayor ternura por el hombre á quien no ama.

Un cartel rimbombante.

No há mucho tiempo que el director de una compañía de cómicos de la legua hizo colocar en las esquinas de la plaza de una ciudad, cuyo nombre nos reservamos, el siguiente cartel: «Hoy *Zaira*, ó *El Moro y la Cristiana*, ó *El Triunfo de la Religion*, ó *La Puñalada*, tragedia en cinco actos, de grande espectáculo, con evoluciones militares á la turca, trages nuevos y teatro muy bien alumbrado.» Sabemos que no hubo nadie que no se atropellara á ver cosa tan sorprendente y estúpida»

## LA FILOSOFIA

RECONCILIADA CON TODOS.

Cuando no se sabe lo que es la filosofía, se llega uno á figurar que es de muy difícil acceso.

Se la considera como una especie de gran señora, de admirable pero invisible belleza, austera, y aun altiva, que no se rie y habla sino á un cortísimo número de adoradores, digna del mas profundo respeto; una de esas virtudes que hielan y ahuyentan á los profanos, que no se comunican con ellos, que se veneran, pero que se buscan poco porque no se confia merecerlas, y de las que se huye sin demasiado sentimiento porque en el fondo se las teme.

Empero, para el que conoce á fondo la filosofía, no tiene ninguno de esos escalofrios, ninguna de esas austeridades.

Sobre todo, no es tan rara como el vulgo la imagina: es mucho mas comun de lo que se cree; y la mayor parte de los hombres, hablo de las inteligencias vulgares ó poco ilustradas, no dejarían de sorprenderse singularmente si se les probase que ellos mismos filosofan muchas veces sin saberlo, de la propia suerte que aquel buen *monsieur Jourdain* de Moliere escribia prosa sin aparcibirse de ello.

Ser filósofo, filosofar, no es otra cosa que darse cuenta á sí mismo, remontándose hasta los mas altos principios, de todas sus acciones, de todos sus pensamientos: es reflexionar en toda la estension de esta palabra. Y ¿quién es aquel que no se cree capaz de reflexionar, y de darse cuenta de lo que piensa, de lo que hace?

Pongamos un ejemplo, y veamos en una sola y misma accion bien analizada por aquel que la ejecuta, en donde comienza la filosofía y en donde concluye la intervencion del sentido comun, la intervencion de la razon vulgar.

Habéis recibido de un amigo un depósito de dinero, que confia á vuestra probidad y á vuestra prudencia. En la época convenida, vuestro amigo os reclama vuestro depósito, y vos se lo entregáis.

Este es uno de los sucesos mas comunes de la vida; y excepto el caso en que la pasión y el crimen cieguen y precipiten á los débiles humanos, cualquiera hombre hubiera hecho lo propio que vos. El mérito que en esto habeis contraído no es muy grande; no sois sino un hombre honrado.

Habeis obedecido al instinto irresistible de vuestra probidad natural; habeis obrado muy bien; pero sin reflexionar un instante solo en lo que haciais. Aun no habeis comenzado á ser filósofo.

Si, al contrario, yendo mas allá de este acto, de todo punto espontáneo, buscáis los motivos que á él os han guiado, y os preguntáis en virtud de qué principio habeis obrado, hé aquí ya la filosofía que ha comenzado á germinar en vosotros; y si tenéis inteligencia y perseverancia suficientes, podreis llevar vuestras investigaciones tan lejos como puedan ir.

El primer motivo que se presentará á vuestra imaginacion es la ley, que constituye en obligacion el devolver aquello que no os pertenece, y que podria obligaros á la restitucion por los castigos mas ó menos graves de que dispone para la represion de los que obran mal.

Este primer motivo es poco digno de vos, porque sabeis muy bien, que aun sin las prevenciones de la ley, hubiésteis devuelto el depósito; y ademas no existia nada entre vos y vuestro amigo que probase que él os hubiese entregado su dinero y que vos lo hubiésteis recibido.

La ley, á pesar de todo su poder y justa autoridad, no es suficiente á poder esplicaros vuestra accion.

Pasais mas adelante.

Sentís en vos, en las profundidades de vuestra conciencia, un principio que os obliga á obrar de la suerte que lo habeis hecho; y veis bien pronto que este es el origen verdadero de vuestra probidad, el manantial en donde la habeis bebido, aun cuando no os hubiésteis aparcibido de ello desde su principio.

Pero esto no es aun suficiente á vuestra legítima y justa curiosidad.

Esta ley oculta que en vos se encierra, que hablaba aunque sin ser interrogada, que escede á la ley inscrita en el código, ¿de dónde proviene? ¿Quién la ha colocado en vos? ¿Por qué la tenéis?

Y hé aquí ya el filósofo que ensancha mas y mas cada vez su pensamiento. De sí mismo á quien estudiaba en su principio, hélo aquí que ha llegado á un principio que halla en sí, pero que no ha sido hecho por él; hélo aquí ya llegando á Dios, autor soberano de la conciencia, de la razon, del alma humana; hélo aquí que llega al Dios creador con todos los misterios de su poder y los inagotables beneficios de su bondad, á Dios con lo infinito, y todos los abismos sin fondo que sondea en vano la razon harto débil del hombre.

Observad bien qué de investigaciones análogas á las que acabo de indicar, son posibles sobre toda especie de asuntos; y que es preciso siempre ir á parar, cualquiera que sea el punto de partida, á el alma y á Dios. Tal es siempre lo que sucede, ya se parta de una idea ocasionada por los sentidos ó ya de una idea salida sin su intervencion del fondo mismo de la razon y de la voluntad.

Tal es, pues, la filosofía en toda su sencillez y en toda su grandeza. Reflexionar y replegar la razon sobre sí misma para ir de los efectos á las causas, de las consecuencias á los principios, hé aquí todo lo que hace el filósofo; hé aquí lo

que todos los hombres pueden hacer y lo que hacen en una escala mas ó menos estensa.

Aquel que se aficiona mas especialmente á este estudio, y que, dejando á un lado el hecho individual y pasajero, como en el ejemplo citado mas arriba, se eleva metódicamente al principio general é inmutable, llega á ser lo que se llama un filósofo, ó traduciendo esta palabra griega, un amigo de la sabiduría.

Pero si el alma y Dios son el centro en que convergen infaliblemente todas las investigaciones un tanto profundas de la inteligencia, hay no obstante, para caminar con mayor seguridad por esas regiones de todo punto racionales, un camino regular que seguir, un método que observar.

Dar este método despues de haberlo descubierto, explicarlo á los demas despues de haberlo estudiado bien para sí, ha sido el objeto mas constante y mas caro á los esfuerzos de los mas grandes filósofos, Sócrates, Platon, Descartes. De esta suerte es como han hecho los mas señalados servicios al espíritu humano.

Este método, esta via prudente y luminosa que se impone á la reflexion, guia á la inteligencia que la observa á discutir la verdad en todas las cosas, hasta el punto que nos es dado conocerla. La sabiduría que el filósofo pretende alcanzar, es la posesion de la verdad sobre esos grandes objetos que interesan constantemente al género humano; á saber: el mundo en medio del cual vivimos y morimos, el alma que nos permite comprenderlo y hacer uso de él, Dios en fin que ha hecho y que rige al universo y la razon humana.

Se concibe sin dificultad que el filósofo, cuando ha adquirido la costumbre de ocuparse de esas altas cuestiones, desdeña con bastante facilidad las cosas de este mundo, tan frágiles ante esos principios indestructibles, tan oscuras ante esos resplandores, tan pasajeras ante la eternidad, tan imperceptibles ante el infinito. El filósofo se mantiene ageno la mayor parte de las veces á los intereses vulgares, porque se siente muy superior á ellos; y hé aquí la razon de por qué en el lenguaje ordinario, recibe el nombre de filósofo todo hombre que se muestra indiferente á cuanto pasa en su redor, nombre que la mayor parte de las veces merece mas en la apariencia que en la realidad.

Pero el filósofo marcha desanimado cuando permanece demasiado tiempo ó se remonta con excesiva frecuencia á ese mundo ideal, que es el de la razon: es necesario que viva como los demas hombres, en la sociedad en que Dios le ha marcado todos sus deberes, todas sus afecciones, todos sus derechos.

A veces no aprecia el filósofo la filosofía que tanto quiere, exajerando esta misma sabiduría. Aislado y absorto en sus meditaciones, en las que se embriaga consigo mismo, llega á ser inútil á sus semejantes á quienes olvida, y que á su vez no tardan en desdeñarle burlándose de él.

Hay pues límites que respetar en este severo cultivo de la razon, sopena de faltar á los preceptos de la sabiduría, y la filosofía se falta á sí propia cuando se torna demasiado austera, y aleja á los hombres por su exterior mismo del camino feliz que recorre.

Es preciso filosofar, como filosofaba Sócrates, como filosofaba Platon, con una gracia atractiva y fácil que presta á todas las cosas de la vida, aun á las mas penosas, la serenidad y la bienaventuranza que ella ha encontrado en las tranquilas y sublimes regiones. El filósofo, al elevarse hasta Dios, ha hallado en ese comercio todo-poderoso una fuerza y una paz que nada en el mundo puede destruir, no haciendo aun las pruebas mas rudas sino acreer en él las invencibles creencias en que su corazon espera y se apoya.

Habiendo conseguido ya llegar, con la filosofía, á este punto de union y de familiaridad, no solo es á la amiga mas fiel y segura, si que tambien la mas dulce y mas amable. Sus divinos atractivos tienen á la vez el encanto mas penetrante y suave; y si las cualidades de una naturaleza feliz, favorecida por las circunstancias, os permiten agregar la práctica á la teoria y arreglar vuestra conducta á los consejos de la razon, poseereis en vos mismo y ofrecereis á la imitacion de los demas la divina armonía de la ciencia y de la virtud.

¡Dichosos los mortales á quienes les fué concedida la felicidad suprema, y á quienes Dios ha colmado á la par de los dones del corazon y de la inteligencia! Pero semejantes ejemplos son muy raros, y apenas se hallan en los anales de la filosofía y de la sabiduría dos ó tres de estos acabados modelos que aparezcan y brillen en honor y beneficio de la humanidad.

Nada encierra en sí que deba espantarnos el acceso á la filosofía. Se halla abierto á todos: no es ni un monopolio ni un privilegio. Pero se necesita de mucha perseverancia para ir lejos en esta via santa; y la mayor parte de los hombres se detienen á los primeros pasos en el camino, porque los deberes, las pasiones, los intereses, los accidentes de toda especie que trabajan la vida, les impiden entrar en sí mismos y oír el eco secreto que incesantemente resuena en su interior.

Y por lo tanto la filosofía, por benéfica, por santa que sea, cuenta con enemigos que nunca han cesado ni cesarán jamás indudablemente de calumniarla, y de perseguirla cuantas veces en ellos esté. Ellos son los que desconfian de la razon humana, los que acusan su debilidad y la persiguen como si no se derivase de Dios; pero la filosofía es tan tolerante y abriga en sí misma tanta seguridad, que jamás ha anatematizado ni perseguido á sus enemigos: solo los compa-

dece y procura iluminarlos, aun cuando no espere conven- cerlos, porque hace dos mil años y mas que aprendió de Sócrates, que es preciso siempre devolver bien por mal; consuélase empero de los extravíos y de los furros insensatos, no olvidando que el espíritu humano está de su parte, y que cada vez se va aproximando mas y mas á ella con un progreso lento y que se va afirmando y acreciéndose de día en día.

BOUREAUX A PARIS: RUE SAINTE-ANNE, 64.

## LE CARICATURISTE

Revue Drolatique du Dimanche.

PRIX, Á PARIS.

Un an. . . 8 f. o. e.  
Six mois. . . 4 50  
Trois mois. 2 50

ESPAGNE

Un an. . . 12 f. o. e.  
Six mois. . . 6 10  
Trois mois. 3 50

Dessins de Quillenbois.

Gravure de Ugho-Hédo.

Paraissant chaque semaine, par livraisons de 8 pages très-grand in-4.º á 3 colonnes; 4 pages sont entièrement couvertes de caricatures; une fois par mois un bois immense s'étendant sur deux pages entières.—Dans l'année 150 grands bois, 400 vignettes de format plus petit et 52 rébus.—Texte rédigé par l'élite de la presse légère et satirique.

## ALLAH-AKBAR

(¡Dios es grande!)

LEYENDA ÁRABE GRANADINA, POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Esta leyenda compone un volumen de 200 páginas en 8.º mayor prolongado; los que se suscriban lo recibirán por 10 reales en Granada, y 12 fuera de ella.

Se suscribe en Granada, en la librería de Zamora, placeta del Santo Cristo, y en las principales del reino.



## ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Segun ofrecimos en el número anterior, con el presente se reparten los prospectos de LA ILUSTRACION Y SEMANARIO, en que se establecen nuevas bases para el próximo año de 1850, hácia las cuales llamamos muy particularmente la atencion de nuestros lectores. A lo que en ellos estampamos, solo nos resta añadir, que los señores suscritores, cuyos plazos de abono vencen en cualquier mes de 1850, y quieran suscribirse por todo el próximo año para obtener las extraordinarias ventajas que ofrecemos á los que se hallen en este caso, pueden completar su abono anual, pagando sobre la cantidad que tienen adelantada, la restante hasta el precio establecido. Aquellos cuya suscripcion haya vencido en fin de noviembre, deben suscribirse para tener opcion á los premios, por el mes de diciembre, y por el año, á contar desde 1.º de enero.

El ATLAS GEOGRAFICO, se repartirá en Madrid el 15 ó 20 de diciembre, que es cuando habrá ejemplares suficientes para hacer la distribucion por completo. Antes sin embargo los pondremos de muestra en las librerías.

Juntamente con el ATLAS, serán llevados á domicilio los recibos de renovacion á los suscritores de año: los actuales suscritores de Madrid por menos tiempo, que deseen variar sus plazos de abono, para adquirir derecho al regalo, ó adelantarse las cuatro mensualidades, tendrán la bondad de entregar á los repartidores una papeleta que lo espere.

Tenemos la satisfaccion de anunciar, que desde el número próximo, volverá á publicar en LA ILUSTRACION el señor Navarrete, las *Revistas de Madrid*, que dicho señor posee el secreto de redactar con tan raro acierto.

UNICO REDACTOR Y PROPIETARIO DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PICTORICO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Albará, calle de Jacometrezo, núm. 26.